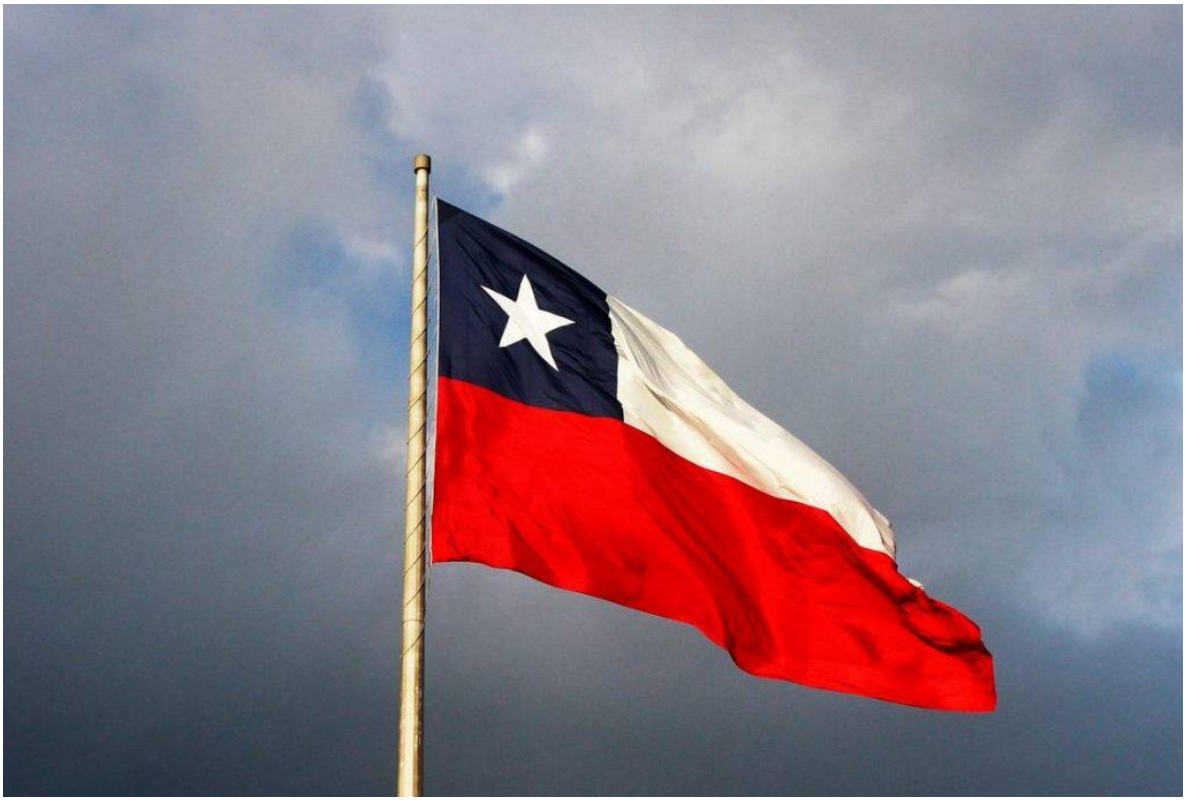
El Chile de Allende y los Mil Días Perdidos



Patrick J. Ryan

Teniente coronel del Cuerpo de

Marines de los Estados Unidos

Noviembre de 1976

SALVADOR ALLENDE

«El artífice del genocidio de su propia organización política»

Allende, quien protestó hipócritamente contra la guerra civil aparece en esta fotografía, hallada tras la ocupación de su villa privada —Tomás Moro—, disparando un arma automática de fabricación soviética.

JUNTA MILITAR DE CHILE

Los miembros de la Junta Militar de Chile, de izquierda a derecha, son: el general César Mendoza, el almirante José T. Merino, el general Augusto Pinochet y el general Gustavo Leigh.

El Chile de Allende y los Mil Días Perdidos

Durante diez años, Estados Unidos luchó contra el comunismo en Vietnam, a 7.000 millas de California, con la trágica pérdida de 55.000 vidas estadounidenses, seis veces más heridos, por no mencionar un coste astronómico de 150.000 millones de dólares. La debacle de Vietnam, ideada y orquestada por una década de políticos en Washington bajo el ridículo lema de «respuesta mesurada», puso a prueba nuestra unidad nacional como ningún otro acontecimiento de nuestra historia desde la Guerra Civil. ¿Qué logramos a este horrible precio? ¡Perdimos la guerra! Por otro lado, la República de Chile, situada en nuestro hemisferio, luchó contra el comunismo aquí, en el patio trasero de Estados Unidos, sin la ayuda de los B-52, la 7.ª Flota ni siquiera una visita de Bob Hope. Ningún estadounidense apretó el gatillo de un M-16, ni se transportaron diariamente por vía aérea desde Santiago de Chile a cementerios de los Estados Unidos de América ataúdes envueltos en la bandera estadounidense en un espeluznante desfile fúnebre. Es más, sin nuestra ayuda y sin verse lastrados por nuestra táctica de «respuesta mesurada», ¡los chilenos derrotaron al comunismo! El Gobierno de Estados Unidos no solo no ha aplaudido la derrota rotunda del comunismo por parte de Chile, sino que, por increíble que parezca, nuestro Senado y nuestro Congreso, a través de la Enmienda Kennedy a la Ley de Ayuda Exterior, han suspendido toda la ayuda militar al nuevo Gobierno anticomunista de Chile. ¿Por qué?

El «por qué» anterior no solo es difícil de responder en sí mismo, sino que además suscita otras preguntas retóricas interesantes. Por ejemplo, ¿es esta una postura lógica que adopten los Estados Unidos frente al país más pro-estadounidense de Sudamérica? ¿No indican claramente las actividades de Cuba en Angola que los comunistas seguirán exportando violencia a cualquier hemisferio cuando y donde les convenga? Si Cuba asume de forma permanente el papel de mercenario de Rusia, ¿dónde atacará a continuación? ¿Se ha quedado nuestro Gobierno, en particular nuestros legisladores y el Departamento de Estado, tan hipnotizado por la distensión que podemos vender trigo, que se necesita con urgencia, a la Rusia comunista, mientras que al mismo tiempo contemplamos la posibilidad de restringir toda forma de transacción económica con el Chile anticomunista? ¿Es posible que hayamos encontrado al enemigo y que ese enemigo seamos nosotros mismos?

Dejando a un lado las preguntas retóricas, resulta difícil justificar el «porqué» de la actitud punitiva de nuestro poder legislativo hacia el Chile anticomunista, ya que se opone diametralmente a todas nuestras declaraciones, objetivos y acciones en materia de política exterior de las últimas tres décadas.[1] El cambio de política es tan drástico, tan inesperado, que deja a uno temporalmente atónito y sin palabras. Los cambios más sutiles y lógicos en nuestra política exterior y nuestras relaciones son más fáciles de comprender y, por consiguiente, de racionalizar. Por ejemplo, nuestra nueva exigencia de adoptar una postura más cautelosa con los países que conforman el flanco vulnerable de la OTAN es una cuestión de sentido común. En la actualidad existen en esos países fuertes corrientes políticas —es decir, grupos comunistas y socialistas— cuya lealtad a la OTAN y a sus objetivos es, en el mejor de los casos, dudosa. Obviamente, pues, debemos actuar con mayor cautela, para no convertirnos en un conducto directo de todos nuestros secretos militares hacia Moscú o, peor aún, armar a un futuro enemigo. Pero, ¿cómo se puede justificar, tras la participación activa de Estados Unidos en la década de la Guerra Fría, la Guerra de Corea, la Bahía de Cochinos, el aislamiento económico de Cuba y diez angustiosos años en Vietnam luchando contra el comunismo, que de repente el anticomunismo ya no merezca nuestro apoyo? Quizá en el laberinto político de las salas de nuestro Congreso, o en las páginas de nuestros periódicos estadounidenses, esta línea de actuación pueda justificarse. Pero aquí, en la zona cero de Chile, ¡no puede ser!

La actitud punitiva de nuestros legisladores hacia Chile parece basarse principalmente en dos argumentos. En primer lugar, que el Gobierno de Allende, elegido legalmente, fue derrocado el 11 de septiembre de 1973 mediante un golpe de Estado militar, con la ayuda encubierta y/o bajo la dirección de la Agencia Central de Inteligencia y del ejército estadounidense. Por lo tanto, dado que Estados Unidos desempeñó un papel decisivo en la creación del régimen militar chileno, somos responsables, al menos indirectamente, de su conducta. En segundo lugar, que los derechos humanos en Chile están siendo vulnerados hasta tal punto que es necesario aplicar todo el poder de la política exterior y la legislación de Estados Unidos para corregir las supuestas injusticias. El primer argumento, según el cual Estados Unidos instigó el golpe de Estado, es incorrecto. El segundo argumento, aunque tiene

[1] El término actitud punitiva del «Poder Legislativo/Congreso» se utiliza deliberadamente en lugar de «Gobierno» para distinguirlo del Poder Ejecutivo y de los Departamentos de Estado y de Defensa, que, por lo general, no respaldan una actitud punitiva hacia Chile.

cierto mérito altruista, es poco realista y tan selectivo en su moralidad que resulta absurdo.

PRIMER ARGUMENTO: ESTADOS UNIDOS INSTIGÓ CLANDESTINAMENTE EL GOLPE

Se ha escrito mucho sobre el golpe de Estado chileno del 11 de septiembre de 1973, que puso fin a lo que popularmente se conoce como el «experimento marxista chileno». Gran parte de lo escrito se aleja tanto de la verdad y la realidad que lleva a cuestionar la competencia y/o la ética de diversos corresponsales y autores. En retrospectiva, es obvio que algunos de los corresponsales sobre el terreno, especialmente los «colaboradores independientes», eran prostitutas periodísticas capaces de encontrar algo escandaloso, sexy o siniestro incluso en un encuentro (*jamboree*) de las Girl Scouts con tal de vender sus historias. Otros autores se apresuraron a publicar antes de que la noticia perdiera actualidad y sacrificaron convenientemente la precisión en aras de la rapidez. Otros, sin embargo, exageraron de forma descarada o inventaron hechos de manera flagrante para que se ajustaran a sus opiniones preconcebidas sobre los acontecimientos. Más adelante en este artículo se señalarán ejemplos concretos de cada tipo de reportaje de este tipo. Con este tipo de reportajes y análisis sobre el auge y la caída del régimen de Allende, no es de extrañar que el mundo esté, en general, mal informado sobre la secuencia de acontecimientos que llevó inexorablemente al poder a la Junta Militar de Chile.

Salvador Allende, tras obtener tan solo el 36,2 % de los votos populares en unas elecciones presidenciales a tres bandas celebradas en septiembre de 1970, fue ratificado como presidente de Chile por el Congreso después de aceptar un «Estatuto de Garantías» como enmienda a la Constitución.[2] Tras su elección, Allende declaró al periodista francés Régis Debray: «Firmé la enmienda por una simple necesidad táctica para llegar al poder».[3]

La presidencia de Allende desencadenó la violencia incluso antes de que tomara posesión del cargo, cuando el jefe del Estado Mayor del Ejército, el general

[2] Antes de ratificar a Allende como presidente, el Congreso le exigió que firmara una enmienda constitucional que reafirmara la libertad de prensa, la educación, el proceso electoral y la no intervención de las Fuerzas Armadas en la política. Allende firmó la enmienda y fue ratificado como presidente mediante una votación del Congreso de 135 a 5.

[3] Régis Debray, «*The Chilean Revolution, Conversations with Allende*», Nueva York, Random House, 1971, pp. 119-120.

René Schneider, fue asesinado en octubre de 1970, durante un fallido intento de secuestro por parte de miembros de la organización de extrema derecha «Patria y Libertad». En muchos sentidos, imitando a los autores de este siniestro crimen, Allende pasó sus 1000 días como presidente de Chile cometiendo errores y tropezando a cada paso. Salvo contadas excepciones, los días de Salvador Allende en el cargo fueron, en definitiva, un desastre diario para todos los chilenos, salvo para el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que aprovechaba ese tiempo para prepararse para una revolución violenta en el seno de la revolución aparentemente pacífica ganada en las urnas en 1970. Al parecer, ya fuera por malicia premeditada o por negligencia culpable de proporciones catastróficas, Allende excitó y agitó a los extremistas de ambos bandos, precipitó una controversia divisiva y fomentó activamente la violencia. La actuación de Allende como presidente fue tan inepto, tan burda, que los historiadores casi con toda seguridad lo tildarán de artífice del genocidio de su propia organización política. Si Allende fue el creador del experimento marxista chileno, también fue, sin duda, su verdugo. Los hechos hablan por sí solos para quienes estén dispuestos a escuchar.

DIAGRAMA DE LA CAÍDA

La caída definitiva de Allende fue consecuencia directa de una grave mala gestión económica, la violación intencionada de las leyes y la Constitución de Chile, el terrorismo sancionado por el Gobierno y el deseo de exacerbar las tensiones políticas hasta el punto de rozar la guerra civil. Ningún gobierno extranjero, y en concreto no el de Estados Unidos, desempeñó un papel significativo en el fracaso del experimento marxista chileno. La retención pasiva de cantidades relativamente menores de ayuda o crédito por parte de Estados Unidos puede considerarse, en el mejor de los casos, un inconveniente menor y podría haberse compensado fácilmente mediante los soviéticos, de haber considerado que el régimen de Allende era una buena inversión. No lo hicieron. ¡Y tenían razón![4]

Los ejemplos más flagrantes de políticas, acontecimientos, decisiones y acciones que llevaron a Salvador Allende desde la euforia de su elección como presidente de Chile hasta su ignominiosa muerte en el Palacio Presidencial

[4] Véase la declaración de James D. Theberge, director de Estudios Latinoamericanos del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown, ante la Subcomisión de Asuntos Interamericanos de la Cámara de Representantes, el 18 de septiembre de 1974.

pueden agruparse, en términos generales, bajo los epígrafes «Factores económicos» y «Acciones ilegales e inconstitucionales».

FACTORES ECONÓMICOS

En las primeras luces del alba del 12 de septiembre de 1973, al día siguiente del golpe, el único aspecto positivo de la situación económica de Chile con el que se encontró la Junta Militar era el hecho de que: ¡Allende iba a ser un rival muy fácil de superar! Por lo demás, según cualquier criterio económico, Chile había tocado fondo. Dicho de otro modo, David Holden, corresponsal jefe en el extranjero del Times de Londres, hizo este comentario sobre las políticas económicas de Allende: «Por desgracia, nadie que tuviera siquiera un mínimo conocimiento de economía podría haber calificado la gestión del Gobierno de Allende de otra cosa que no fuera desastrosa».[5]

Hay que reconocer que las estadísticas, al igual que un bikini, suelen ser más interesantes por lo que ocultan que por lo que revelan. Sin embargo, algunas, como la columna de victorias y derrotas de la Liga Nacional de Fútbol Americano, son barómetros razonablemente precisos de cualquier tipo de actividad, ya sea deportiva o económica. Por ejemplo, al dejar el poder en octubre de 1970, el Gobierno de Frei traspasó al Gobierno de Allende un excedente de 343 millones de dólares estadounidenses en reservas internacionales. Menos de tres años después, en septiembre de 1973, Chile tenía un déficit de más de 300 millones de dólares estadounidenses, lo que suponía una pérdida neta de aproximadamente 650 millones de dólares estadounidenses. La tasa de inflación oficialmente reconocida por el Gobierno de Allende para 1973 fue del 508 %. Los economistas independientes situaban la cifra más cerca del 700 %, en cualquier caso, una de las tasas de inflación más altas de la historia económica mundial. El presidente marxista resolvió estos problemas económicos imprimiendo en 1971 y 1972 un 670 % más de moneda chilena de la que existía en 1970. Algunos lo llamaban «¡dinero de *Monopoly*!». Otras estadísticas son igualmente indicativas de una economía que se precipitaba hacia el colapso: el índice de precios al consumo subió un 842 % entre 1970 y 1973; la producción de trigo descendió un 45 %; la de maíz, un 25 %; la de cobre (que representa el 80 % de los activos de exportación vitales de Chile),

[5] David Holden, «*Allende and the Myth Makers*», Encounter, vol. XLII, n.º 1, enero de 1974, Londres. Véase también el artículo del Sr. Holden, que ofrece un excelente análisis de la presidencia de Allende y un desglose lógico de las razones que condujeron a su fracaso.

un 25 %; y el Banco Central de Chile se quedó con solo 3 millones de dólares estadounidenses en activos líquidos el 1 de septiembre de 1973.[6]

Las estadísticas anteriores reflejan, por supuesto, únicamente los efectos netos de las políticas económicas de Allende y pueden interpretarse y analizarse en función del punto de vista personal de cada uno. Sin embargo, la causa fundamental de estas sombrías estadísticas deja poco margen para el debate en cualquier foro objetivo. Algunas de las causas de los reveses se identifican a continuación:

1. El Gobierno de Allende asumió el control de todos los bancos de Chile y, por consiguiente, de todos los préstamos, ahorros, activos financieros líquidos y las principales transacciones comerciales. ¡Con el control gubernamental de toda la banca, desapareció la libre empresa en todas sus formas!

2. Un gasto público desmesurado, financiado con dinero de *Monopoly* impreso. Para agravar aún más la situación, los principales beneficiarios de este gasto fueron la base política de Allende, procedente de los estratos económicos más bajos, que, como debes recordar, constituía, en el mejor de los casos, solo un tercio de la población chilena. Decir que los dos tercios restantes de la población chilena estaban descontentos con estos programas sería un eufemismo clásico.

3. Grandes aumentos salariales, sin que se produjera un aumento paralelo de la producción. Una vez más, estos aumentos salariales beneficiaron principalmente a la base política de Allende.

4. Las políticas gubernamentales, especialmente la «intervención» (eufemismo en español para «robar») de la empresa privada, provocaron que no solo el capital privado chileno, sino también —y esto es igual de importante— los empresarios chilenos con talento huyeran de Chile en busca de refugios seguros en el extranjero.

5. Antes del 29 de junio de 1973, el Gobierno «intervino» 282 grandes empresas industriales, que producían más del 50 % de la producción industrial de Chile (la fecha del 29 de junio es significativa por razones que resultarán evidentes más adelante).

---

[6] Fuentes de estadísticas económicas: Harold Blakemore, «*Chile: Current Realities and Historical Projections*», *Bank of London and South American Review*, Londres, 15 de marzo de 1975. *Foreign Economic Trends*, enero de 1975. ET 75-002, Chile. Elaborado por la Embajada de EE. UU. en Santiago de Chile. Publicado por el Departamento de Comercio de EE. UU.

6. El Gobierno de Allende «intervino» y redistribuyó aproximadamente 5800 explotaciones agrícolas en el marco de su Programa de Reforma Agraria. Aunque aproximadamente el 50 % de estas explotaciones fueron «intervenidas legalmente» en virtud del programa de reforma agraria impulsado originalmente por el expresidente Eduardo Frei, otro número igual fue redistribuido a punta de pistola por milicianos del MIR que actuaban con, como mínimo, la tolerancia tácita —si no la cooperación activa— del Gobierno de Allende.[7] A mediados de 1973, el 40 % de la tierra cultivable de Chile había sido «intervenida» y redistribuida.[8] El resultado neto de este gran salto adelante agrario fue una reducción global del 22 % en la producción agrícola.[9] A mediados de 1973, Chile se veía azotado por una escasez de alimentos tan grave que las personas que no podían permitirse comprar en el desenfrenado y caro mercado negro hacían colas de tres horas o más para adquirir una cantidad racionada de productos de primera necesidad. Los chilenos, incluso los partidarios de Allende, se estaban cansando rápidamente de hacer colas para comprar un pollo para una familia de cinco miembros. ¡Los chilenos, incluso los partidarios de Allende, también se estaban cansando mucho del experimento marxista chileno!

7. La incompetencia y la ineficiencia burocráticas en la gestión de los bancos, empresas y explotaciones agrícolas «intervenidos». Cabe destacar especialmente el hecho de que el personal y la plantilla de los bancos y empresas «intervenidos» fueron posteriormente mantenidos en sus puestos al 100 %, por supuesto, con «personal políticamente cualificado».

8. La pérdida de ayuda exterior e inversión privada, principalmente procedente de Estados Unidos, provocada por la expropiación sin indemnización de activos de propiedad privada estadounidense. Aunque se reconoce generalmente que los rusos financiaron parcialmente la campaña electoral de Allende con el equivalente a unos 20 millones de dólares estadounidenses, los soviéticos, también consternados por las políticas fiscales de Allende, decidieron no asumir otro país dependiente al estilo de Cuba en este hemisferio. El único apoyo

[7] El Gobierno de Allende se valió de un tecnicismo jurídico de la Ley de Reforma Agraria de 1967 que permitía la expropiación de «explotaciones agrícolas abandonadas y mal gestionadas». A los propietarios de las explotaciones «intervenidas legalmente» se les pagó el 0,01 % del valor de su propiedad en efectivo y el resto en bonos del Estado. Véase Gordon Young, «*Chile, Republic on a Shoestring*», *National Geographic*, octubre de 1973, p. 467, donde se ofrece un informe personal muy esclarecedor sobre la eficiencia de las «explotaciones agrícolas intervenidas».

[8] «*Chile-Process of Social Evolution*», parte I, FOCUS, vol. XXIV, n.º 8, abril de 1974.

[9] «La economía de Chile durante el período de gobierno de la Unidad Popular: la vía chilena al marxismo», Escuela de Negocios de Valparaíso, marzo de 1974.

extranjero conocido que el Gobierno de Allende recibió de Rusia fue un crédito conservador a 12 años en rublos para la importación chilena de productos industriales rusos a cambio de una cantidad limitada de cobre chileno durante un período de dos años.[10]

ACCIONES ILEGALES E INCONSTITUCIONALES

Salvador Allende, en su tercer intento, accedió a la Presidencia de Chile de forma legal y constitucional. Por desgracia para los chilenos, sus acciones posteriores como presidente fueron con frecuencia contrarias a la intención de la ley y al espíritu de la Constitución, y en algunas ocasiones resultaron flagrantemente ilegales e inconstitucionales.

El hecho de que el presidente Allende dirigiera el Gobierno de Chile de forma ilegal e inconstitucional no es una opinión a posteriori de este autor, sino más bien la valoración en tiempo real que realizaron los poderes judicial y legislativo del Gobierno chileno durante los días cruciales de mediados de 1973, cuando el régimen de Allende abandonó toda pretensión de legalidad y constitucionalidad:

1. 26 de mayo de 1973: Una resolución unánime del Tribunal Supremo denunció la «atentado contra la legalidad de la nación» por parte del régimen de Allende, al no respetar la decisión de un tribunal penal de desalojar a las personas de propiedades privadas «intervenidas» ilegalmente.

2. 26 de junio de 1973: Una segunda resolución del Tribunal Supremo dirigida al presidente Allende, en la que se le acusaba de injerencia ilegal e inconstitucional en asuntos jurídicos que «son competencia exclusiva del Poder Judicial».

3. 8 de julio de 1973: Una declaración conjunta de Eduardo Frei, presidente del Senado, y Luis Pareto, presidente de la Cámara de Diputados, instaba a Allende a restablecer la legalidad «antes de que sea demasiado tarde». La declaración hacía hincapié en el peligro de guerra civil que entrañaba la política del régimen de armar a grupos ilegales y la «creación de un ejército paralelo en el que colaboran numerosos extranjeros».

[10] Véase David Holden, «*Allende and the Myth Makers*», Encounter, vol. XLII, n.º 1, enero de 1974, p. 15, y el artículo de James Theberge «*Kremlin's Hand in Allende's Chile*», analista soviético, Londres, 15 de agosto de 1974, para conocer las relaciones entre la URSS y Cuba con Chile.

4. 8 de agosto de 1973: Una declaración del Consejo General del Colegio de Abogados en la que se advertía a la ciudadanía del «colapso del Estado de derecho» en Chile y se afirmaba que «ya no se puede tolerar la evidente fractura de nuestro ordenamiento jurídico». En ella se exigía el restablecimiento de los derechos de todos los ciudadanos y la «plena independencia del Poder Judicial».

5. 22 de agosto de 1973: Una declaración de la Cámara de Diputados (elegida en marzo de 1973) presentó un pliego de cargos en el que se acusaba al régimen del presidente Allende de un patrón deliberado de comportamiento ilegal e inconstitucional y de violaciones generalizadas de los DERECHOS HUMANOS FUNDAMENTALES. (Las mayúsculas son del autor).

6. 31 de agosto de 1973: El Consejo General del Colegio de Abogados publicó un informe sobre el creciente conflicto jurisdiccional entre el presidente y el Congreso, en el que concluía que solo el Congreso era competente para legislar y determinar el alcance de la autoridad presidencial.

Aunque todas las citaciones mencionadas anteriormente se referían a graves violaciones de las leyes y la Constitución de Chile, las violaciones señaladas en la primera y la tercera citación fueron las más visibles, emotivas y explosivas. Estas violaciones concretas de las leyes y la Constitución chilenas, más que ninguna otra, llevaron al país al borde de la guerra civil en septiembre de 1973.

INTERVENCIONES ILEGALES: Cita 1

Dejando a un lado el 50 % de las explotaciones agrícolas que fueron intervenidas «legalmente», imaginemos una situación típica en una explotación que fue intervenida ilegalmente. Los miembros del MIR llegan a la explotación en la que tú y tus antepasados habéis trabajado durante quizás tres generaciones. Tú naciste allí, en el dormitorio de tu madre; tus abuelos están enterrados allí. Tu familia no es rica según los estándares mundiales, pero vive cómodamente y se ha ganado ese bienestar gracias a generaciones de inversión y trabajo duro. Los trabajadores de tu granja reciben subsidios, tienen una parcela de tierra propia y se les considera casi miembros de la familia.

El líder del grupo MIR, un matón de 25 años, respaldado por su banda y una metralleta rusa AK-47, dice: «Ya no vives aquí y tienes 24 horas para recoger tus cosas personales y marcharte». ¿Llamas a la policía? No, se les ha ordenado que no intervengan. ¿Puedes recurrir ante los tribunales? No, el Gobierno ha anulado sentencias favorables anteriores de los tribunales penales al respecto.

¿Qué puedes hacer? ¡Puedes abandonar tu granja antes de que te disparen! ¿Un escenario imposible? No, ocurrió así, de una forma u otra, más de 2000 veces durante el régimen de Allende.[11] La máxima autoridad del país, el presidente, no solo aprobó estos métodos de mano dura habían demostrado su eficacia, los apoyó con vehemencia. He aquí esta increíble declaración de Allende citada por Gary MacEoin, un autor que, evidentemente, simpatizaba con Allende y con el experimento marxista chileno: «Los campesinos han sido degradados, humillados y destruidos durante generaciones, y tienen hambre. No podemos esperar que esperen a que la ley expropie las tierras que les fueron robadas hace décadas. Los hombres que pasan hambre no esperan a que se les haga entrar en razón. Si los terratenientes recurren a la violencia, se enfrentarán a la violencia que el presidente de la República puede desatar contra ellos».[12]

Allende hizo otras declaraciones públicas belicosas. Cuando se le preguntó por su grandilocuente promesa electoral de un cuarto de leche al día para cada niño chileno, respondió: «Cuando se nos acaben las bestias de cuatro patas, ordeñaremos a las de dos patas». O, antes de su ratificación por el Congreso: «Santiago se teñirá de rojo con sangre si no se me ratifica como presidente». Por muy estridentes que sean, estos dos últimos ejemplos palidecen en comparación con la política declarada de Allende de violencia gubernamental contra los propietarios legales de tierras.

GRUPOS ARMADOS ILEGALES: Cita 2

El Gobierno de Allende acumuló clandestinamente suficientes armas cortas, fusiles, ametralladoras, cohetes, morteros y similares como para equipar a un cuerpo de marines estadounidense.[13] ¿Una comparación exagerada para llamar tu atención? No, la verdad. Pruebas irrefutables, no en forma de comunicados de la junta o de fotografías que pudieran haber sido manipuladas, sino en forma de unas 15 000 armas reales incautadas a los partidarios de extrema izquierda de Allende desde el 11 de septiembre de 1973. Allende se había vuelto tan increíblemente maquiavélico que el principal centro de Chile para la instrucción en el uso de estas armas era El Cañaveral, la residencia presidencial de Allende

[11] Ibíd., p. 23, y Gary MacEoin, «*No Peaceful Way*», *Sheed & Ward, Inc.*, Nueva York, 1974, capítulo 3, para conocer perspectivas opuestas sobre las expropiaciones de granjas.
[12] Gary MacEoin, «*No Peaceful Way*», *Sheed & Ward, Inc.*, Nueva York, 1974, pp. 83-84.
[13] Véase la declaración del embajador de Chile ante la Organización de los Estados Americanos, Manuel Trucco, del 23 de octubre de 1974, donde se ofrece una lista detallada de las armas enviadas a Chile desde Cuba.

en las estribaciones de los Andes. Los instructores de este centro de entrenamiento para el terrorismo eran cubanos. Su macabra misión consistía en entrenar a chilenos para que combatieran a otros chilenos. ¿Es de extrañar que el presidente del Congreso chileno condenara la existencia de tales grupos terroristas? ¿Es de extrañar que las fuerzas armadas decidieran finalmente que un presidente que apoyaba activamente a tales grupos terroristas era totalmente incapaz de ejercer la presidencia?

El ejército terrorista encargado de llevar a cabo la revolución violenta se reclutó entre las filas de los 12 000 a 14 000 extranjeros que acudieron en masa, como roedores, a Chile durante los años de Allende, y entre las facciones de extrema izquierda del régimen de Allende. Los gastos personales cotidianos de este ejército fantasma se subvencionaban incorporándolos a las plantillas de las industrias «intervenidas» controladas por el Gobierno. Sus actividades terroristas se financiaban desviando dinero de los ingresos de esas mismas industrias.[14]

Los principales líderes de este ejército fantasma no eran chilenos que sintieran ninguna lealtad hacia Chile, sino que eran principalmente cubanos cuya única fidelidad era hacia el marxismo mundial.

Un ejemplo representativo de este último grupo fue Luis Fernández Ona, alias «Gatillo Fácil», apodo que se ganó como asesino en Cuba. Gatillo Fácil fue el responsable directo del entrenamiento de los guardaespaldas personales de Allende, los infames Grupos de Amigos Personales (GAP), en El Cañaveral. Tras su matrimonio con la hija de Allende, Gatillo Fácil se convirtió en uno de los principales asesores de Allende y se le asignó un cargo directivo en el Palacio Presidencial. La mera presencia de Gatillo Fácil y sus mercenarios en La Moneda se consideraba un cáncer en el corazón de su gobierno por parte de los constitucionalistas chilenos y un grave insulto por parte de las fuerzas de seguridad establecidas, es decir, las fuerzas armadas.[15]

Con los errores económicos y las violaciones legales y constitucionales antes mencionados como punto de partida, Chile, en junio de 1973, se había convertido en una revolución en busca de un lugar donde estallar. Incluso para

[14] Ibíd., p. 94, y Robert Moss, «*Chile's Coup and After*», Francisco Orrego Vicuña, «*Chile: The Balanced View*», Universidad de Chile, 1975, p. 53, analizan la financiación cubana de las actividades guerrilleras en Chile.
[15] Ibíd., pp. 85-107, ofrece un análisis detallado de la «conexión cubana» de Chile.

los observadores externos, no se trataba de si el régimen de Allende caería, sino más bien de cuándo. El 27 de junio de 1973, la cuenta atrás para ese «cuándo» comenzó con un suceso tan extraño como propio de los años de Allende: ¡una mujer le sacó la lengua a un general! Una ama de casa chilena que se cruzó en coche con el general Carlos Prats Gonzales le sacó la lengua. En aquel momento, Prats era el oficial de mayor rango de las Fuerzas Armadas, jefe del Ejército, miembro del gabinete de Allende y, para disgusto frecuente de sus contemporáneos, un ferviente partidario del modelo de gobierno de Allende. En medio del tráfico del mediodía, Prats persiguió a la señora que le había ofendido, disparando dos tiros contra su coche en el proceso. Cuando finalmente la alcanzó, el jefe del Ejército chileno, ante unos 500 o más testigos incrédulos que se encontraban en la calle, apuntó con su pistola a la cabeza de la mujer indefensa y le ordenó: «Pide perdón, mierda, o te mato». Prats escapó por los pelos con vida de la escena, ya que los testigos indignados ante aquella repugnante actuación se apresuraron espontáneamente a acudir en ayuda de la mujer. Cualquier vestigio de respeto que a Prats le quedara en el ejército chileno y, por consiguiente, cualquier influencia moderadora que pudiera ejercer sobre sus contemporáneos, se desvaneció al instante.

Para no quedarse atrás respecto a su jefe, el Segundo Regimiento Blindado del Ejército lanzó, dos días después, el 29 de junio, un ataque desorganizado, a medio camino entre la comedia y la tragedia, contra el Palacio Presidencial. El aspecto cómico del ataque fue que los tanques se detuvieron en todos los semáforos en rojo de camino a La Moneda y/o se quedaron sin gasolina frente al palacio. El aspecto trágico fue que, aunque el fallido ataque fue rápidamente sofocado por el ejército chileno, Allende lo utilizó como excusa para incitar a sus seguidores a emprender más acciones ilegales. En una intervención radiofónica, de hecho después de que el ineficaz ataque hubiera sido prácticamente sofocado, Allende instó a sus seguidores a «tomar el control de todas las industrias y empresas como respuesta al levantamiento de un pequeño grupo de militares rebeldes». De inmediato, otras 244 fábricas fueron «intervenidas», esta vez por trabajadores bien armados que respondían al llamamiento personal a las armas del presidente de Chile. Allende vio en esta proliferación de bastiones entre la población un seguro contra cualquier futuro golpe de Estado.[16] Las fuerzas armadas, aún leales pero cada vez más inquietas,

[16] Paul E. Sigmund, «*Allende in Retrospect*», 1974, Francisco Orrego Vicuña, «*Chile: The Balanced View*», Universidad de Chile, 1975, p. 33.

consideraron esta acción como anárquica y como un polvorín que podía desencadenar una guerra civil.

El mes de julio fue testigo de la intensificación de todos los aspectos del desastre inminente. Las reservas de alimentos se fueron agotando y las colas para comprarlos se hicieron cada vez más largas. Los ministros del Gobierno entraban y salían del mismo como si la Moneda tuviera puertas giratorias. El mercado negro floreció y el tipo de cambio internacional del escudo chileno frente al dólar estadounidense se disparó de 960 a 2000 escudos. Desde Talcahuano surgieron rumores de que el MIR se había infiltrado en las filas de la Armada chilena. Sin duda, el golpe más devastador de todo el mes de julio fue la reanudación de la huelga de los trabajadores del transporte, esta vez respaldada por la mayoría de los demás sindicatos y asociaciones profesionales de Chile. La huelga del transporte, que se prolongó desde el 26 de julio hasta el golpe de Estado, paralizó literalmente a Chile. Los escasos alimentos disponibles no podían llegar al mercado. Las gasolineras no tenían combustible para los coches particulares. La asistencia médica y dental solo se prestaba en casos de urgencia. No había autobuses disponibles para llevar a los niños chilenos al colegio, lo cual era, en esencia, una cuestión irrelevante, ya que la mayoría de los profesores estaban en huelga. El servicio eléctrico y telefónico era, en el mejor de los casos, esporádico, porque los trabajadores no podían (o no querían) desplazarse a sus puestos de trabajo. Se interrumpió la recogida de basura, al igual que la mayoría de los demás servicios municipales. Así transcurrió la triste letanía de acontecimientos en los últimos días del experimento marxista chileno.

Agosto fue más de lo mismo que julio, solo que peor, a medida que el yugo de la huelga de transportes se apretaba cada vez más. Los rumores sobre la infiltración del MIR en la Armada se hicieron realidad con la detención, el 7 de agosto, de pequeñas células de marineros a bordo del crucero «Latorre» y del destructor «Blanco» en Valparaíso. La Armada anunció que su investigación había revelado una conspiración para amotinarse y asesinar, en la que, por increíble que parezca, estaban implicados los líderes parlamentarios de Allende, Carlos Altamirano y Óscar Garretón. La Armada solicitó que se levantara la inmunidad parlamentaria de los diputados para permitir su juicio. Allende se tomó la solicitud en consideración. El 9 de agosto, en un último y desesperado intento por recuperar la respetabilidad y la confianza en su gobierno en decadencia, Allende formó un gabinete que incluía a los tres jefes militares. El

24 de agosto, los tres jefes militares habían dimitido y salido por la ya muy transitada «puerta giratoria»; presumiblemente un récord internacional en cuanto a la formación y disolución de un gabinete. El general Prats, tambaleándose de desastre en desastre como su líder Allende, recibió finalmente la reprimenda definitiva a su «machismo latino». Trescientas esposas de sus oficiales del ejército se reunieron frente a la casa de Prats el 22 de agosto y exigieron su dimisión. Prats, siempre diplomático, ordenó —o al menos permitió— su dispersión con gas lacrimógeno y mangueras de agua. Prats, con sensatez, dimitió como jefe del Ejército y del gabinete de Allende el 23 de agosto. Mientras tanto, tras la incorporación del almirante Raúl Montero al gabinete de Allende el 9 de agosto, a pesar de las revelaciones sobre el motín, la Armada adoptó la postura de que el almirante Montero había perdido toda credibilidad como su líder y presionó con fuerza para que fuera sustituido como jefe de la Armada por el almirante José Toribio Merino. Montero dimitió finalmente del gabinete el 24 de agosto y también quiso dimitir como jefe de la Armada. Sin embargo, Allende, que prefería tratar con el maleable Montero en lugar del intransigente Merino, decidió no destituir al primero como jefe de la Armada.[17]

El mes de septiembre marcó el principio del fin del régimen de Allende. Cada vez más preocupada por la seguridad naval interna, la Armada siguió presionando para que se nombrara a Merino jefe de la Armada, al ver en él su única salvación —y quizá la de Chile—. Finalmente, el 3 de septiembre, los almirantes Merino y Sergio Huidobro lograron concertar una reunión con el ministro de Defensa, Orlando Letelier, y el presidente Allende. Tras un acalorado debate, Allende accedió a nombrar a Merino jefe de la Armada el 7 de septiembre. Esta información se transmitió a todos los oficiales de la Armada y, aunque simpatizaban con el asediado Montero, esperaban el cambio con entusiasmo y nuevas esperanzas. El cambio no se produjo. Merino acudió al Palacio Presidencial el 7 de septiembre para aceptar el nombramiento como jefe de la Armada, solo para descubrir que Allende había incumplido su promesa del 3 de septiembre. Merino regresó a Valparaíso avergonzado y con las manos

[17] Observaciones personales diarias del autor de este artículo durante los cuarenta meses que duró su período de servicio como asesor del Cuerpo de Marines en la Sección de la Armada de los Estados Unidos en Chile, a partir de diciembre de 1972.

vacías.[18] Por desgracia para Allende, ¡fue un error del que **no viviría** para arrepentirse!

Conmocionados por la promesa incumplida de Allende, los altos mandos de la Armada se reunieron durante todo el día y toda la noche del 8 de septiembre en Valparaíso. La situación era extremadamente tensa. Estaban acorralados y desesperados. Los rumores sobre la infiltración del MIR en la Armada se habían convertido en realidad. Ahora bien, ¿qué había del infame Plan ZETA?[19] ¿Era un rumor o una realidad? ¿Podían arriesgarse a que fuera lo primero, o debían dar por hecho lo segundo? Chile se había quedado sin alimentos. Ningún niño había ido al colegio en dos meses. La economía estaba en bancarrota. Las facciones armadas y enfrentadas del país estaban a un pelo de desencadenar una sangrienta guerra civil

A regañadientes, pero con la certeza de que no había otra opción, el almirante Merino dio la orden de llevar a cabo la Operación COCHAYUYO (Alga marina). Para respaldar su trascendental decisión, el senador Altamirano reconoció públicamente ese mismo día que, efectivamente, había conspirado para instigar un motín en la Armada y que, además, continuaría con tales actos.[20] El domingo 9 de septiembre, el comandante de la Infantería de Marina, el almirante Huidobro, y su jefe de Estado Mayor, Ariel Gonzales, llevaron a Santiago el breve mensaje, firmado por Merino, para recabar el visto bueno del Ejército y la Fuerza Aérea. El mensaje decía simplemente: «El día D es el martes. La hora es las 06:00. José Toribio». Los generales Augusto Pinochet y Gustavo Leigh recibieron el mensaje en nombre del Ejército y la Fuerza Aérea, respectivamente. Escribieron «conforme» en el mensaje, lo firmaron y, al hacerlo, cambiaron el destino de Chile.[21]

El objetivo de este artículo no es ofrecer un relato minucioso de los acontecimientos históricos del 11 de septiembre de 1973, que pusieron fin definitivamente a lo que ya se había convertido en la «tragedia marxista

[18] Conversaciones personales con el almirante Sergio Huidobro, comandante del Cuerpo de Marines de Chile.
[19] Un plan del MIR para asesinar a 600 figuras militares clave y líderes civiles conservadores el 18 de septiembre de 1973. Tras la revelación del motín del 7 de agosto de 1973, el Plan ZETA fue considerado una amenaza real por las Fuerzas Armadas chilenas. Véase «*Chile after Allende*»; *The Economist*, Londres, 13 de octubre de 1973, p. 47, para un análisis del motín naval planeado y del Plan ZETA.
[20] Ibíd., pp. 44-47.
[21] Conversación personal con el almirante Sergio Huidobro, comandante del Cuerpo de Marines de Chile.

chilena». Esos detalles ya se han dado a conocer al mundo de forma exhaustiva, aunque no con mucha precisión. Las Fuerzas Armadas chilenas tomaron el control de Valparaíso y Talcahuano, la segunda y tercera ciudades más grandes de Chile, sin que se disparara un solo tiro. Por desgracia, en Santiago sí hubo violencia. Sin embargo, el derramamiento de sangre allí no fue el resultado de un ataque vengativo por parte de los militares, sino más bien de la resistencia desquiciada que opuso el GAP desde sus posiciones bien protegidas tras el muro de la Moneda, que parecía una fortaleza. Para el GAP no había un mañana y, a pesar del hecho consumado tan evidente, lucharon en consecuencia. La Moneda quedó rodeada por las fuerzas armadas a las 08:30. Desde el interior de la Moneda, Allende transmitió personalmente dos mensajes del tipo «*Mayday*» (señal de socorro). El primero, a las 08:30, sonó firme y seguro, ya que convocó a sus seguidores a la Moneda para defender su país frente a los militares. Esta vez, su llamada a las armas quedó sin respuesta. El segundo, a las 09:30, sonaba sombrío, casi como si estuviera preparando el elogio fúnebre de su gobierno moribundo. A pesar de las repetidas ofertas de rendición, que incluían un paso seguro a cualquier país sudamericano para Allende y su familia, el presidente marxista decidió luchar hasta el final. No fue hasta el mediodía en Santiago, tres horas y media después de que la Moneda quedara rodeada, cuando finalmente se ordenó a la Fuerza Aérea que bombardeara la Moneda. Las defensas del GAP se derrumbaron bajo los precisos ataques con cohetes. A las 13:30, se permitió rendirse al GAP y a otros partidarios de Allende que se encontraban en La Moneda. Aproximadamente a las 13:45, el presidente Salvador Allende se suicidó. Una placa metálica dorada incrustada en la culata de su arma suicida llevaba grabadas las palabras: «A mi buen amigo Salvador Allende. Fidel Castro». Obviamente, la Cuba de Castro había enviado demasiadas armas a Chile para el propio bien de Allende.[22]

El golpe de Estado que puso fin al régimen de Allende probablemente haya recibido más cobertura mediática a nivel mundial que cualquier otro acontecimiento similar de la historia. La Junta Militar de Chile alega que gran parte de la información desfavorable estaba y está inspirada por el comunismo. Los detractores de la Junta la acusan de paranoia, de ver al comunismo mundial detrás de cada adversidad, y sostienen que la información es objetiva. ¿Son paranoicos los chilenos? ¿Es objetiva la información? Incluso teniendo en

[22] Véase Paul E. Sigmund, «*Allende in Retrospect*», Francisco Orrego Vicuña, «*Chile: The Balanced View*», Universidad de Chile, 1975, p. 37, donde se analizan las diversas versiones contradictorias sobre la muerte de Allende.

cuenta los errores legítimos de hecho y de análisis, el nuevo Gobierno de Chile parece tener razón.[23]

En los días posteriores al 11 de septiembre de 1973, los titulares de todo el mundo condenaron de forma unánime el derrocamiento del régimen de Allende. Se ignoró por completo el hecho evidente de que la caída de Allende era inevitable, dado el caos que reinaba en Chile. Por supuesto, era de esperar la condena del derrocamiento de Allende por parte de los países del bloque comunista, pero hay que fijarse en estos titulares de Inglaterra, los cuales eran típicos de las reacciones del mundo libre. *The Guardian* (12/9/73) tituló «REVOLTA CONTRA LAS URNAS» y criticó duramente a las Fuerzas Armadas de Chile. La revista *The New Statesman* (14/9/73) tituló «DESASTRE EN CHILE» y señaló que la causa del socialismo y la democracia había sufrido un revés ante los ojos del mundo entero. De nuevo *The Statesman* (16/9/73) titulaba «LA MUERTE DE LA ESPERANZA» e incluso comparaba el derrocamiento de Allende con la invasión rusa de Checoslovaquia. ¿Dónde estaban los titulares que podrían haber rezado con mayor precisión: «CHILE SE REBELA CONTRA LA TIRANÍA MARXISTA», «CHILE EVITA EL DESASTRE» o «EL NACIMIENTO DE LA ESPERANZA EN CHILE»? ¿Dónde estaban los titulares y los editoriales que informaran de que a la junta chilena, en lugar de buscar el poder, se lo había impuesto un gobierno empeñado en el genocidio? ¿Dónde estaban los puntos de vista equilibrados y el análisis objetivo?

Para el autor resultó de especial interés un artículo del *London Times* (27/10/73) escrito por Godfrey Hodgson y William Shawcross, en el que se afirmaba que «al planificar el golpe de Estado, el almirante José Toribio Merino mantuvo un estrecho contacto personal con el teniente coronel Patrick J. Ryan, del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos (USMC), adscrito a la Misión Naval de los Estados Unidos en Valparaíso, Chile». Aunque me pareció muy halagador que el *London Times* informara sobre mi contacto diario y personal con el almirante Merino, ¡también me pareció completamente falso! Durante los ocho meses que pasé en Chile antes del golpe, mi agenda de escritorio solo recoge dos citas con el almirante Merino, y ambas versaron sobre asuntos estrictamente rutinarios.

[23] Véase la declaración de Ernest W. Lefever, investigador principal del Instituto Brookings, ante la subcomisión de Asuntos Interamericanos de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes, el 5 de agosto de 1974, para consultar comentarios sobre la cobertura mediática del golpe de Estado en Chile.

Se trataba de los típicos contactos entre un vicealmirante y un teniente coronel. Él hablaba, yo escuchaba y luego cumplía sus órdenes. El reportaje del *London Times* sobre mis funciones de enlace con Merino en relación con el golpe de Estado era absolutamente falso y constituía un ejemplo típico de la desinformación y los «hechos» inventados que se difundieron por todo el mundo en relación con el golpe de Estado en Chile.

El mismo artículo del *London Times* informaba de forma inquietante sobre la presencia de la flota UNITAS de la Armada de los Estados Unidos, compuesta por cuatro buques, justo fuera de las aguas internacionales de Chile el 10 de septiembre de 1973. Es cierto. Pero lo que el artículo omitía es más importante que lo que incluía. No mencionaba que la presencia de la flota UNITAS en Sudamérica se debía a un ejercicio anual conjunto de entrenamiento entre Estados Unidos y Sudamérica que, en 1973, ya llevaba trece años celebrándose. Y lo que es más importante, el artículo omitía el hecho de que la ubicación real de la flota se encontraba cerca del puerto peruano de Callao, a unos tres días completos de navegación desde Valparaíso, la ciudad portuaria chilena más cercana de cierta importancia.[24] Hipotéticamente, pues, a efectos de influir en los acontecimientos de Chile del 11 de septiembre de 1973, la flota bien podría haber estado en San Diego, California. Pero este dato geográfico fue omitido por los expertos en insinuaciones e inferencias. Que un periódico de la talla del *London Times*, de renombre mundial, publicara un artículo plagado de tales errores fácticos y omisiones significativas es un triste reflejo del estado del periodismo profesional.

Como se ha señalado anteriormente, algunos autores se apresuraron a publicar sus versiones de los años de Allende antes de que el tema perdiera actualidad y, por conveniencia, sacrificaron la precisión en aras de la rapidez. Otros, incluso, inventaron «hechos» para adaptarlos a sus opiniones preconcebidas. El libro de Gary MagEoin, «***No Peaceful Way***», es un ejemplo típico de este tipo de obras literarias interesadas.[25] El Sr. MacEoin, descrito en la guarda de «***No Peaceful Way***» como el «decano de los analistas políticos latinoamericanos», ofrece un análisis objetivo del desarrollo económico y político de Chile hasta 1970. Sin embargo, su descripción de los años de Allende carece de objetividad, se muestra comprensiva con los excesos socialistas y comunistas, y tergiversa o

[24] Al igual que la esposa de César, la flota Unitas, con el fin de estar por encima incluso de la sospecha de sospecha, dio media vuelta el 10 de septiembre de 1973 y puso rumbo a Argentina a través del Canal de Panamá; un rodeo de unas 9 000 millas.
[25] Gary MacEoin, «*No Peaceful Way*», *Sheed and Ward, Inc.*, Nueva York, 1974.

inventa hechos para respaldar sus preferencias. El Sr. MacEoin atribuye de manera generalizada la caída del régimen de Allende a Estados Unidos en general y, en particular, a la Agencia Central de Inteligencia, el Pentágono, la *International Telephone and Telegraph*, los Boinas Verdes y la embajada de Estados Unidos en Chile en particular.[26] Basándose en el análisis del Sr. MacEoin, uno solo podría deducir que el presidente Allende era un mero acompañante en Chile y no el timonel del barco.

El Sr. MacEoin, ciudadano estadounidense naturalizado, tiene, por supuesto, todo el derecho a tener sus propias preferencias políticas; sin embargo, su derecho a defenderlas en un análisis supuestamente objetivo de los años de Allende es, como mínimo, cuestionable. En las siguientes páginas de «***No Peaceful Way***» aparecen algunos ejemplos de la falta de objetividad política del Sr. MacEoin y/o de sus errores fácticos. Página 105: MacEoin se refiere favorablemente a la distribución de alimentos controlada por el Estado, sin señalar que esto también conduce al control del voto.[27] Página 111: MacEoin describe a los atracadores de banco, MIR de haber estado «motivados por el altruismo».[28] Página 139: MacEoin describe favorablemente al grupo de extrema izquierda MIR como los «Robin Hoods» de la actualidad. Por el contrario, califica invariablemente al grupo de extrema derecha Patria y Libertad de «fascistas». Página 141: MacEoin describe con elogios al general Prats «como el comandante en jefe del Ejército, respetado universalmente».[29] En contraste, Prats fue considerado durante mucho tiempo como un oportunista por sus compañeros oficiales y, en última instancia, un bufón y un grave lastre por los allegados a Allende. Página 151: MacEoin induce a error a sus lectores al afirmar que la presencia media anual de asesores militares estadounidenses en Chile durante la última década fue de 48. Omite el hecho de que, desde 1970, la media ha sido de 16. Página 161: Al parecer, MacEoin no ve nada inapropiado

[26] Véase Michael J. Harrington, «*The CIA in Chile: A Question of Responsibility*», New York Times, 2 de enero de 1976, p. 25, artículo que respalda el análisis del Sr. MacEoin sobre la implicación de Estados Unidos en el golpe de Estado de Chile.
[27] Véase «*Stalemated Revolution*», The Economist, Londres, 10 de marzo de 1973, p. 23, donde se ofrece una valoración menos favorable del programa de distribución de alimentos controlado por el Estado de Allende.
[28] Allende indultó a los atracadores de bancos tras su elección. Posteriormente, al menos uno de los miembros del grupo estuvo implicado en el asesinato, a manos del MIR, del exministro del Interior demócrata-cristiano Edmundo Pérez Zujovic.
[29] Véase Robert Moss, «*Chile's Coup and After*», Francisco Orrego Vicuña, «*Chile: The Balanced View*», Universidad de Chile, 1974, p. 49, para conocer una opinión contraria sobre el carácter de Prats.

en la incautación masiva de propiedad privada por parte de trabajadores armados el 29 de julio de 1973, a instancias del presidente de Chile. Página 169: MacEoin inventa una base de la Fuerza Aérea de EE. UU., con 29 aviones estadounidenses incluidos, en la tranquila ciudad argentina de Mendoza, a 100 millas al noreste de Santiago. Esta revelación supondrá una gran sorpresa para Estados Unidos y Argentina, que desconocen por completo la existencia de dicha base. Página 170: En tan solo dos frases, MacEoin comete tres errores fácticos que, aunque no son precisamente graves, son indicativos de su investigación deficiente. Se describe al autor de este artículo como un oficial del Ejército de los EE. UU. adscrito a la Embajada de los EE. UU. en Santiago, en lugar de un oficial de la Infantería de Marina de los EE. UU. adscrito a la Misión de la Armada de los EE. UU. en Valparaíso. El Sr. Art Creeter (cuyo apellido MacEoin escribe incorrectamente como «Crater»), ingeniero naval, es descrito de forma insinuante como un conspirador en el golpe de Estado, lo que sin duda será una gran sorpresa para el Sr. Creeter. Lo anterior no son más que algunos de los prejuicios y errores fácticos que impregnan la obra de MacEoin, «***No Peaceful Way***». El lector perspicaz y objetivo podrá encontrar muchos más.

En resumen, el libro del Sr. MacEoin carece de objetividad y precisión. Las críticas válidas que formula contra la Junta Militar quedan diluidas por sus evidentes predilecciones. «***No Peaceful Way***» no es el tipo de obra literaria que le valió al Sr. MacEoin el título de «decano de los analistas políticos latinoamericanos». Solo cabe especular sobre cuántos lectores de este respetado autor han aceptado cada una de sus palabras como un hecho.

El artículo periodístico más difamatorio sobre el golpe de Estado en Chile apareció en la edición de Newsweek del 8 de octubre de 1973, titulado «Matadero en Santiago», escrito por John Barnes. Irónicamente, este artículo difamatorio, que se complacía en lo macabro y lo sensacionalista, no puede atribuirse a una conspiración comunista. Los comunistas son infinitamente más sutiles y hábiles con sus exageraciones y falsedades que el torpe Barnes. El corresponsal de Newsweek describió de forma vívida a los chilenos como un pueblo que vivía sumido en un terror glacial tras el golpe de Estado. A partir de fuentes anónimas, inventó relatos sobre, entre otras cosas, «llamadas a la puerta a medianoche», «cadáveres decapitados» y «la policía ametrallando por la espalda a diez chicos de instituto indefensos». Casi los únicos instrumentos de terror que faltaban en la historia de horror de Barnes eran las jaulas de tigres y

las cámaras de gas. A pesar del supuesto reinado del miedo y el gobierno a punta de pistola de la Junta, el Sr. Barnes informa de que «no solo una vez, sino dos, pude penetrar en la morgue de Santiago, fuertemente custodiada», donde, según Barnes, la Junta se deshacía de los «2796 santiaguinos asesinados durante el golpe». En su segunda visita al depósito de cadáveres, el siempre ingenioso Sr. Barnes alega que se llevó a un amigo para corroborar su informe encubierto y una cámara para inmortalizar la escena para la posteridad. Una vez dentro del depósito, Barnes te pide que creas que a él y a su amigo se les permitió deambular sin escolta. Solo cuando intentó hacer una foto, un funcionario le preguntó: «¿Qué quieres?». Pensando rápido, Barnes responde: «Estoy buscando el baño». Al parecer, se esperaba que el lector creyera que el funcionario de la morgue aceptó sin más la explicación de Barnes de que estaba «buscando el baño» a través del objetivo de una cámara. Barnes y su amigo ponen fin milagrosamente a su visita a la morgue huyendo del edificio mientras los acompañaban al baño. Presumiblemente, como en la mayoría de los «cuentos de hadas», vivieron felices para siempre.

La fuente de la «cifra oficial de cadáveres de la morgue, de 2796», que el Sr. Barnes dio a conocer al mundo, resultó ser la hija de un miembro del personal de la morgue, nada oficial. Posteriormente, el *New York Times* y el *Wall Street Journal* identificaron correctamente la cifra de 2796 cadáveres como el total acumulado de todos los cadáveres procesados hasta septiembre de 1973. Por desgracia, la cifra errónea de Barnes ya se ha reproducido muchas veces en todo el mundo y se ha aceptado como un hecho.[30]

El Sr. Kenneth Auchinloss, redactor jefe de *Newsweek*, restó importancia con total naturalidad al recuento erróneo de víctimas de Barnes afirmando: «Creo que es posible que se tratara de un malentendido». El Sr. Auchinloss es demasiado benévolo tanto con el Sr. Barnes como con *Newsweek*. En un asunto tan crucial, un error de diez o veinte podría considerarse, en teoría, un lamentable malentendido. Un error de más de 2000 cadáveres constituye una grave incompetencia profesional por parte del autor y de la editorial.[31]

---

[30] Véase Pablo Huneeus, «*Those Horror Tales from Chile*», Wall Street Journal, 2 de noviembre de 1973, (página editorial), para comentarios adicionales sobre el artículo de Barnes en *Newsweek*. En la misma edición, véase Everet G. Martin, «*And a Few Echoes from Academia*», para otros ejemplos de informes exagerados o engañosos relativos a los años de Allende.

[31] Huneeus, op. cit. (página editorial).

El daño causado a la reputación internacional de Chile por el artículo del Sr. Barnes es incalculable. En Europa, las organizaciones comunistas están utilizando dicho artículo en anuncios pagados para desacreditar la imagen de Chile ante el mundo. La cifra de «2796 muertos solo en Santiago durante el golpe» se acepta como verdad absoluta en muchos países extranjeros.[32] En Estados Unidos, el ilustre senador Kennedy, de Massachusetts, dignificó la recopilación de incompetencia profesional y prostitución periodística de Barnes al leerla en el Registro del Congreso. Es de suponer que el temerario respaldo del senador Kennedy al informe de Barnes influyó en gran medida en la posterior y poco acertada decisión del Congreso de Estados Unidos de denegar la ayuda militar a Chile.

SEGUNDO ARGUMENTO: LOS DERECHOS HUMANOS FRENTE A LA POLÍTICA EXTERIOR DE EE. UU.

El argumento de que se debe ejercer todo el poder de las leyes y la política exterior de Estados Unidos para corregir las supuestas violaciones de los derechos humanos en Chile es una moralidad hipócrita, que entra en conflicto directo con los mejores intereses de Estados Unidos. El exsecretario de Estado William Rogers advirtió de forma sucinta y sensata contra esa política con estas palabras: «Sería la máxima arrogancia del poder pensar que podemos o debemos imponer nuestra voluntad a los demás, amenazar o coaccionar a otros, incluso en nombre de la conciencia».[33] Lamentablemente, por razones que solo ellos conocen, algunos miembros de nuestro Congreso decidieron ignorar el sabio consejo del secretario Rogers.

Para demostrar que nuestra actitud punitiva hacia Chile es descaradamente hipócrita, basta con que analicemos la situación de los «derechos humanos» en otros países a los que proporcionamos ayuda militar de forma habitual. El primero y más destacado de esta lista de destinatarios es Corea del Sur, donde Estados Unidos ha gastado miles de millones en apoyar al gobierno dictatorial de la presidenta Park. Además de nuestro apoyo financiero, actualmente contamos con 41 000 soldados estacionados en Corea del Sur. No hace falta ser un experto en relaciones internacionales para ver que, fuera de los países del bloque comunista, Corea del Sur es probablemente el gobierno más totalitario

[32] Véase Alan Schwartz, «*Chile's Orwellion Nightmare Machine*», *Miami Herald*, 21 de marzo de 1976, p. 5-E, como ejemplo del impacto que aún persiste del informe erróneo del Sr. Barnes. El Sr. Schwartz afirma: «25 000 personas fueron exterminadas en las semanas posteriores al golpe».
[33] Declaración de William Rogers, citada en el *Washington Post*, 25 de agosto de 1972.

que existe hoy en día en el mundo. En el Lejano Oriente abundan otros ejemplos de nuestra política incoherente. Los derechos humanos, tal y como los definimos en Estados Unidos, no existen en las Islas Filipinas bajo el mandato del presidente Marcos, ni en la India bajo el de Gandhi, pero nuestra ayuda militar sigue fluyendo hacia esos países sin que se plantee ninguna objeción. Durante diez años apoyamos a una sucesión de déspotas en Vietnam del Sur que probablemente ni siquiera sabían deletrear, y mucho menos practicar y respetar los derechos humanos. En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial destinamos miles de millones en ayuda militar a la España de Franco. ¿Consideraba nuestro Congreso que la España de Franco era un bastión de los derechos humanos? La lista de los destinatarios de nuestra ayuda militar cuyos estándares en materia de derechos humanos no se ajustan a los de Estados Unidos es interminable. Añádanse Grecia, Turquía y Tailandia, por citar solo algunos; hay muchos otros.

Dando un pequeño giro a la analogía, también cabría reflexionar sobre nuestra reciente venta de trigo a Rusia, algo que los soviéticos necesitaban con mucha más urgencia que Chile nuestra ayuda militar. ¿Acaso alguna delegación del Congreso de EE. UU. visitó Moscú para examinar la situación de los derechos humanos en Rusia antes de aprobar esa dudosa venta?

¿Por qué el Congreso de los Estados Unidos ha señalado a Chile como blanco de su indignación moral selectiva? La respuesta es, sencillamente, que Chile no puede defenderse. Chile representa un blanco fácil para los golpes bajos de nuestros demagogos. Chile no tiene la importancia estratégica de Corea del Sur. No cuenta con bases estadounidenses en su territorio soberano, como sí lo hacen las Islas Filipinas, Turquía y España. Como un matón, hemos maltratado al niño más pequeño del barrio, porque no nos atrevemos a llamar la atención a los más grandes por transgresiones imaginarias similares. A los estadounidenses nos gusta afirmar que seguimos siendo el país más grande y poderoso del mundo. Suponiendo que eso sea cierto, resulta incoherente con nuestra fuerza y grandeza que apliquemos un doble rasero en política exterior en función de la utilidad estratégica de un país determinado o de su capacidad para contrarrestar nuestras acciones.

CRITERIOS PARA LA AYUDA MILITAR DE EE. UU.

Este autor no sugiere en absoluto que Estados Unidos suspenda la ayuda militar o económica a Corea del Sur, Filipinas o cualquier otro país soberano mientras

se evalúa la situación de los derechos humanos en dichos países. Tal arrogancia no solo es obsoleta, sino arcaica. Estados Unidos no es ahora, ni probablemente debería haber intentado ser nunca, el policía del mundo. Los asuntos internos de un país soberano son precisamente eso —INTERNOS— y debemos respetarlos como tales. Si no estamos de acuerdo con las políticas internas de un aliado, tal vez lo más adecuado sería recurrir a la persuasión benevolente. La presión punitiva es sumamente inapropiada y, en última instancia, contraproducente. Los únicos criterios para la concesión de ayuda militar de Estados Unidos a cualquier país deberían ser:

1. ¿Servirá la ayuda prestada a los intereses estratégicos globales de Estados Unidos?

2. ¿Mantendrá la ayuda prestada los equilibrios de poder regionales?

¡Los asuntos internos de un país, o la política de su presidente, como demostró tan gráficamente nuestra relación pragmática con la Yugoslavia de Tito, son absolutamente irrelevantes!

INTERESES ESTRATÉGICOS

Estados Unidos tiene intereses estratégicos específicos y claramente definibles en Chile, un país que posee aproximadamente el 25 % de las reservas mundiales conocidas de cobre, así como otros minerales esenciales. Estados Unidos consume más de estas materias primas de las que produce. Por lo tanto, por una cuestión de necesidad práctica

Las 2600 millas de costa de Chile abarcan más de la mitad de la costa occidental de Sudamérica. Valparaíso, en Chile, es el puerto más grande de la costa occidental de Sudamérica.

El astillero más grande y moderno de la costa oeste de Sudamérica se encuentra en Talcahuano, Chile. Los buques comerciales o militares que rodeen el Cabo de Hornos en cualquier dirección tendrán por delante una travesía larga y difícil si no son bien recibidos en Chile. Ese aspecto estratégico cobrará mayor importancia si Estados Unidos logra ceder el Canal de Panamá. La Armada y el Cuerpo de Marines de Chile se encuentran entre los más profesionales de Sudamérica, a pesar de que sus buques son, en general, anticuados y de la actual escasez de equipamiento. Gran parte de su experiencia profesional la han adquirido entrenándose en instalaciones militares estadounidenses durante las últimas tres décadas. Dejando a un lado la política, actuamos con sensatez al

seguir abasteciendo y entrenando a estos compañeros de armas incluso cuando representaban oficialmente al Chile marxista durante los años de Allende. ¿Acaso tienen ahora menos valor para nuestros intereses estratégicos como anticomunistas? Una última observación, cuyo significado debería quedar claro para todos, incluso para los demagogos de nuestro Congreso: Chile posee extensas propiedades en la Antártica; 480 000 millas, para ser exactos. ¡Hay petróleo en la Antártica!

Menos fáciles de definir desde el punto de vista estratégico, pero dignas de mención, son dos teorías filosóficas. En primer lugar, Chile derrotó al comunismo. ¿Cómo reaccionó Estados Unidos? ¿Dimos la bienvenida al nuevo Gobierno de Chile o le ofrecimos un generoso apoyo moral y material? ¿Nos mostramos tolerantes y comprensivos mientras los líderes militares chilenos luchaban por recuperarse del desastre de los años de Allende? Lamentablemente, la respuesta a todas estas preguntas es negativa. ¿Qué repercusión tuvo entonces nuestra reacción negativa ante el derrocamiento violento del comunismo en Chile en otros países, como Cuba, que podrían estar barajando una acción similar? Piénsalo. En segundo lugar, Estados Unidos está intentando activamente cambiar la imagen de «Big Stick» que nos ganamos en Sudamérica durante los años de Teddy Roosevelt. Actualmente estamos llevando a cabo grandes maniobras —aunque quizá poco acertadas— en torno al Canal de Panamá para demostrar nuestra sinceridad en este sentido. ¿No son nuestros esfuerzos por disipar la imagen del «gran garrote» en el Canal de Panamá incompatibles con nuestra injerencia punitiva en los asuntos internos de Chile? Sin duda, la dicotomía de nuestras acciones no pasa desapercibida para el resto de Sudamérica.

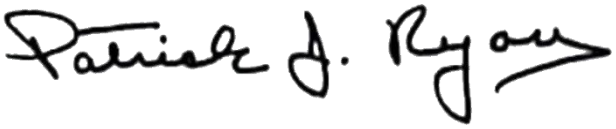
EQUILIBRIO DE PODER REGIONAL

Cuando se habla del equilibrio de poder regional en relación con Chile, en realidad se está hablando de Perú. La imponente cordillera de los Andes separa a Chile de Argentina, lo que constituye una barrera insuperable, creada por la naturaleza, entre ambos países. La capacidad militar de Bolivia, situada al noreste de Chile, es tan limitada que solo tendría repercusión regional si se aliaran con Perú contra Chile o viceversa.

Hasta 1971, el equilibrio de poder entre Perú y Chile era prácticamente igual. Desde 1971, los peruanos han superado en gasto a todos sus vecinos de la costa

del Pacífico en la adquisición de equipamiento militar.[34] Chile, durante el mismo periodo, se quedó muy rezagado. Durante los años de Allende no se disponía de fondos para mantener el equilibrio militar con Perú. Tras los años de Allende, la Enmienda Kennedy a nuestra Ley de Ayuda Exterior impidió las ventas militares a Chile. Hoy en día, Perú, principalmente como resultado de adquisiciones simultáneas tanto de Estados Unidos como de Rusia, cuenta con un arsenal militar mucho mayor que el de Chile. En consecuencia, el equilibrio de poder regional entre Chile y Perú está muy desequilibrado. Con el apoyo de Rusia, al estilo de lo ocurrido en Angola, Perú podría verse tentado a recuperar el territorio que perdió frente a Chile durante la Guerra del Pacífico. Este peligroso desequilibrio de fuerzas persistirá hasta que se derogue la Enmienda Kennedy a la Ley de Ayuda Exterior.[35]

En resumen, propongo que nuestro Congreso adopte una postura mucho más tolerante hacia el nuevo Gobierno de Chile. Es cierto que se cometieron errores y excesos políticos en nombre de la conveniencia. ¿Totalmente inaceptable? ¿Recuerdas el Watergate? Es cierto que, en pleno apogeo de la guerra de Chile contra el marxismo, se violaron los derechos humanos. ¿Totalmente inaceptable? ¿Recuerdas lo que les hicimos a nuestros ciudadanos japoneses, alemanes e italianos de la costa oeste durante la Segunda Guerra Mundial? Es cierto que los derechos humanos en Chile hoy en día no son todo lo que deberían ser, sobre todo si eres marxista. ¿Totalmente inaceptable? ¿Son los derechos humanos todo lo que deberían ser hoy en día en Estados Unidos, si eres negro en Misisipi? Hasta que las faldas de nuestra Estatua de la Libertad estén inmaculadamente limpias, sugiero que no demos lecciones al mundo, sobre todo desde el dudoso púlpito del Congreso de los Estados Unidos.



~Patrick J. Ryan

Teniente coronel del Cuerpo de

Marines de los Estados Unidos

---

[34] Reportaje del *Washington Post*, 10 de enero de 1975, p. A-6. Véase también «*Peru, Military Build-up Worries Neighbors*», *Aviation Week*, 2 de diciembre de 1974.

[35] Véase Ernest W. Lefever, «*Prospects for United States-Chile Relations*», Francisco Orrego Vicuña, «*Chile: The Balanced View*», Universidad de Chile, 1974, pp. 273-274, para un análisis más detallado del equilibrio militar regional entre Chile y Perú.

Noviembre de 1976

El autor,

El teniente coronel Patrick J. Ryan, del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos (USMC), formó parte de la Misión Naval de los Estados Unidos en la República de Chile entre diciembre de 1972 y abril de 1976. Su monografía «*ALLENDE'S CHILE: 1000 BUNGLED DAYS*» se basa en observaciones diarias y detalladas realizadas durante ese prolongado período de servicio.

El teniente coronel Ryan, graduado en 1953 por el Holy Cross College, cuenta con 23 años de servicio como oficial en el Cuerpo de Marines. Entre los hitos más destacados de su carrera figuran siete destinos diversos como oficial al mando y su graduación en la Escuela Superior del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas en 1969. Pionero en los inicios del campo del reconocimiento en el Cuerpo de Marines, el teniente coronel Ryan es paracaidista y buceador con certificación militar. El teniente coronel Ryan fue condecorado con la Legión al Mérito, la segunda condecoración más importante del país en tiempos de paz, por su ejemplar cumplimiento del deber en la República de Chile. Actualmente está destinado en la Cuarta División de Infantería de Marina, en Camp Pendleton, California, 92055

~Los editores

El almirante JOSÉ TORIBIO MERINO comprometió a la Armada de Chile en la Operación COCHAYUYO (Algas marinas) el 8 de septiembre de 1973 y, al hacerlo, cambió el curso de la historia de Chile.

Al almirante Sergio Huidobro, comandante de la Armada de Chile, se le encomendó la misión vital de obtener la plena conformidad del Ejército y la Fuerza Aérea con la Operación COCHAYUYO. El éxito de COCHAYUYO requería que las Fuerzas Armadas actuaran como una sola entidad. La indecisión, la demora o la falta de conformidad podían desencadenar una guerra civil. Los generales Pinochet y Leigh dieron su conformidad el 9 de septiembre de 1973.

(Traducido y digitalizado desde su versión en inglés en 2026).

Una iniciativa conjunta de ciudadanos estadounidenses y chilenos para promover la amistad y la cooperación entre nuestros pueblos

DIFUNDIDO EN EL INTERÉS PÚBLICO DEL CONSEJO ESTADOUNIDENSE-CHILENO

AMERICAN CHILEAN COUNCIL

SUITE 608 ☐ 95 MADISON AVENUE ☐ NEW YORK, N.Y. 10016

Presidente interino: Embajador Spruille Braden
Secretario interino: Sr. Marvin Liebman

MIEMBROS

Prof. James D. Atkinson
Sr. Murray Baron
Prof. A. T. Bouscaren
Reverendo Raymond J. deJaegher
Sr. Ralph de Toledano
Dr. Lev E. Dobriansky
Sr. Ronald F. Docksai
Prof. Frederick W. Dow
Embajador Everett F. Drumright
Prof. Joseph Dunner
Sr. Winston Guest
Dr. Walter Darnell Jacobs
El Honorable Walter H. Judd
Sr. David A. Keene
Dr. Grayson Kirk
Dr. Anthony Kubek
Sr. Eugene Lyons
Dr. Norbert Muhlen
Prof. Stefan T. Possony
Sr. Robert W. Purcell
Sr. William F. Rickenbacker
Prof. David N. Rowe
Coronel Patrick J. Ryan
Sr. Samuel I. Wells, Jr.
Prof. Seymour Siegel

(Consejo aún en formación)

Para cumplir con la legislación federal, el Consejo Chileno-Estadounidense está registrado, en virtud de la Ley de Registro de Agentes Extranjeros, como agente del Consejo Chileno-Norteamericano de Santiago de Chile. Todo el material informativo elaborado, editado, publicado o difundido por el Consejo Chileno-Estadounidense, con sede en 95 Madison Avenue, Nueva York, Nueva York 10016, se presenta ante el Departamento de Justicia, donde la declaración de registro correspondiente está disponible para su consulta pública. El registro no implica la aprobación de dicho material por parte del Gobierno de los Estados Unidos.